

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 33.—15 de Julio de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

HOSPITAL DE NTRA. SRA. DE ATOCHA.

Bajo este religioso nombre, que recuerda un objeto de fervorosa y cristiana devoción para los Madrileños, existe un pequeño hospital, poco conocido en verdad y bien digno de conocerse, no solo por el buen servicio que allí tienen los enfermos, sino por el origen de su fundación y por el modo con que se sostiene.

Cuando hace algunos años ocurrió un grande incendio en la fábrica de cigarros de esta Corte, se llamó la atención sobre la triste suerte de las operarias, y se pensó, entre otras cosas, en facilitarles una asistencia esmerada cuando se hallasen enfermas. Reuniéronse al efecto recursos de caridad, y se improvisó este hospital en un edificio situado entre la estación del ferro-carril del Mediodía y los Docks, local que ya había servido para casa de salud por sus buenas condiciones. Con un pequeño descuento mensual que se exigía á las cigarreras, se les aseguraba en sus enfermedades asistencia domiciliaria ú hospitalaria, según la importancia del mal.

La idea era buena y ventajosa para las obreras, pero no fué duradera. Tenía el defecto de ser obligatoria y retribuida, y cuando se reúnen estas dos circunstancias para un servicio benéfico, se desnaturaliza su esencia, tomando cierto carácter de especulación, por lo cual es fácil que suceda lo que sucedió en el hospital de Atocha. A pesar de ser tan ventajoso para las cigarreras, muchas eludieron el pago; los jefes de la fábrica no se creyeron bastante autorizados para descontarlo del jornal, y falseada ya la base de la institución, fue imposible continuarla.

Natural era, pues, que entonces desapareciera este establecimiento; pero no solo los goces mundanos y sentimientos egoístas se convierten en pasión; si nos apasionamos á los objetos que nos rodean y nos duele abandonarlos, y si concebimos amistad por una

persona y sentimos separarnos de ella, del mismo modo, y aun á veces con mas vehemencia, cuando se ha tomado aficion al ejercicio de la caridad en cualquiera de sus ramos, con dificultad, y casi siempre con pena, se renuncia á las puras y consoladoras satisfacciones que produce ese ejercicio. Asi sucedió con el hospital de Atocha.

Desde su origen se habia confiado la administracion á un Consejo de señoras, que por amor á las pobres tomaron esta carga, doblemente meritoria por estar el establecimiento fuera de Madrid, y tener que ir á tan larga distancia para la visita diaria que hace la que está de turno. Llegado el caso de tener que disolverse la Asociacion por falta de objeto, como queda dicho, las caritativas señoras del Consejo pensaron que, planteado ya el hospital, y habituadas ellas á cuidarlo y sostenerlo, era una lástima que no se utilizase para otros pobres que se hallaran en condiciones mas necesitadas aún que las cigarreras. Aquellas almas buenas, con esa compasion innata en la mujer, y que llega hasta el heroismo en la mujer caritativa, no podian resignarse á cesar en su benéfico servicio. Concibieron, pues, la idea de continuar el hospital de Atocha con destino á pobres vergonzantes, y al efecto obtuvieron la oportuna autorizacion del Gobierno, prévia una detenida visita oficial que las mismas Señoras pidieron.

La idea era escelente. ¡Pobres vergonzantes!.... Esta palabra, aunque no tenga en el presente caso la rigurosa aplicacion que le da el diccionario de la lengua, revela una de las miserias sociales mas dignas de llamar la atencion de las personas compasivas.

El pobre vergonzante es el que lucha silencioso para no caer en la mendicidad; el que, por reminiscencias de una buena educacion ó por recuerdos de una mejor posicion perdida, repugna publicar su miseria, y formar en ese gran grupo social de los que nada tienen y todo lo piden. Un moralista severo quizás tacharía de censurable esta vergüenza, porque la pobreza honrada ni denigra ni debe avergonzar á nadie; pero hay tambien en ella un rubor digno de respeto, un sufrimiento íntimo, que es mas doloroso porque no tiene el desahogo de la expansion ni el consuelo de la compasion agena. Por eso no es aventurado decir, que hay pobres vergonzantes que no tienen los harapos del mendigo, y sin embargo son mas pobres y mas dignos de lástima que este; sus dolores no salen á la calle; es preciso, por lo tanto, que la caridad vaya á buscarlos en su retirado albergue, en vez de esperar que venga á buscarnos en nuestras casas.

Esos mártires, pues, de la pobreza oculta, que en estado normal luchan valerosamente con ella, decaen cuando les llega la triste si-

tuacion de una enfermedad. Entonces, como se aumentan las necesidades al paso que disminuyen los recursos del trabajo, hay que buscar asistencia fuera de la casa. Los pobres declarados tales tienen el hospital que miran como su refugio; pero este amparo, con ser tan grande, causa sin embargo cierto espanto al pobre vergonzante; y para hacérselo simpático, para que prescinda de esa mal entendida vergüenza, es conveniente un hospital de su clase, donde no se confunda con la legion de infelices que pueblan aquellas largas filas de camas, perdiendo hasta su nombre para tomar el de un número.

Inspirándose en estos sentimientos el Consejo de señoras del hospital de Atocha, acometió la empresa de continuarlo con destino á pobres vergonzantes, clase tan numerosa por desgracia en las grandes poblaciones.

Pero esa empresa era tan atrevida, que habia mérito hasta en intentarla. El hospital no tenia renta ni subvencion alguna oficial: hasta ciertas limosnas de alta procedencia desaparecieron por las vicisitudes políticas. Habia, pues, que contar solo con los recursos de la caridad pública, excitada por el ejemplo y por la celosa solicitud de las señoras. Pero no en vano un santo Apóstol llamó á la caridad virtud sufrida y perseverante; perseverancia en efecto, y fe en su laudable mision tuvieron las señoras del Consejo, bajo la iniciativa enérgica de su digna Presidenta la Señora Doña Manuela Bárcenas de Alvarez.

Suscripciones periódicas, cuestaciones eventuales, beneficios de espectáculos públicos, rifas, he aquí los recursos que esplotaron, y á los cuales debe Madrid el tener este hospital, donde si no hay lujo ni ostentacion, hay buen orden, aseo, y una asistencia muy esmerada para los pobres enfermos.

Acaso pareciera á algunos poco digno de llamar la atencion del público, porque tiene únicamente cincuenta camas; pero nosotros creemos todo lo contrario. Además de lo meritorio que es el sostener un establecimiento solo con recursos de caridad, precisamente el ser hospital de cincuenta camas es lo que en nuestro concepto reclama mas la proteccion de todos. Hemos demostrado en una Memoria publicada hace algun tiempo las grandes ventajas de estos pequeños hospitales, comparadas con los abusos casi inevitables de los grandes. Lejos, pues, de desaparecer el de Atocha, debia procurarse ir estableciendo otros semejantes en Chamberí, en Pozas, en las Peñuelas, en las Vistillas, y en los demás puntos extremos de la poblacion.

Por lo demás, los datos estadísticos que hemos recogido en el

Hospital de Atocha, revelan el bien que pueden hacer cincuenta camas bien sostenidas. Desde el año 1865 en que se instaló, hasta fin de 1870, ha habido 5722 enfermos, de los cuales solo han fallecido 136: cifras elocuentes, que son la mejor demostracion de la buena asistencia hospitalaria.

Hay tambien en él una circunstancia que conviene sepa el público, y es que todo el que contribuye á la suscripcion con 8 rs. mensuales, tiene derecho á llevar allí, para ser cuidado gratuitamente, cualquier criado ó dependiente suyo.

A pesar, pues, de ser un establecimiento tan recomendable, hoy está amenazado de tener que cerrarse. La casa que ocupa no le pertenece; era de una testamentaria ó concurso de acreedores, que despues de haber estado paralizado, ha entrado ahora en una marcha ordenada, y por efecto de ella va á vender ó ha vendido el edificio. El derecho del nuevo propietario para disponer del mismo será indisputable; pero poner los pobres en la calle, cerrar este centro de caridad hospitalaria, y perder todo lo que se ha gastado para montarlo es un suceso que no queremos pensar que se realice en un pais donde hubo caridad para fundarlo y sostenerlo hasta el dia. Sabemos que la celosa Presidenta del Consejo gestiona activamente para salvar este gran conflicto: vivamente deseamos que lo consiga, y no desesperamos de ello, porque no la abandonarán en su benéfico empeño la Providencia del cielo y la caridad de las buenas almas en la tierra.

Antonio Guerola.

EL HOSPICIO DE MADRID.

Las Hermanas de la Caridad salieron del Hospicio de Madrid; á los pocos dias, las personas que conocian el establecimiento y tenian por él algun interés, empezaron á saber cosas que las aflijan en gran manera. A las pocas semanas se ensanchó el círculo de las que tuvieron noticia de los desórdenes que allí habia, que fueron públicos á los pocos meses. Nosotros hemos guardado silencio, no por escarmentados de haber hablado inutilmente del Hospital general, sino porque decir que el Hospicio estaba mal, era muy poco decir, y revelar hasta dónde llegaba el mal, era afirmar una verdad que no hubiéramos podido probar, y que dadas todas las circunstancias, habria podido hacerse pasar legalmente por mentira. La parte del público, muy pequeña por desgracia, que de estas cosas se ocupa,

sabia los abusos; los que podian y debian remediarlos, no los sabian sin duda, ó necesitaban pruebas, á nuestro parecer muy fáciles de hallar para ellos, y que nosotros no podíamos darles.

Hoy tenemos una verdadera satisfaccion en tributar un elogio tan sincero como merecido á los tres Diputados provinciales visitantes del Hospicio, por la inteligencia, por el celo y por la firmeza que han desplegado para ordenar y moralizar aquella desdichada casa. Nos consta que no es una visita lo que hacen, sino que pasan muchas horas en el establecimiento; que han empezado á poner orden, á moralizar la administracion, á cortar ciertos abusos que no deben tolerarse en una casa de correccion, cuanto mas en una de beneficencia. Los que así se afanan para cumplir un deber penoso, y son caritativos curadores de los que la muerte, el vicio ó la miseria han dejado huérfanos, bien merecen las bendiciones de los pobres y el aprecio de los que por ellos se interesan.

Las noticias de lo que la Diputacion Provincial ha hecho y se propone hacer en el Hospicio, son consoladoras. Lástima grande que esta satisfaccion de las personas de buena voluntad, esté acibarada por la idea de que la política se ha introducido en cuestiones á que debia ser ajena, llevando á ellas su hiel, su ceguedad y su intolerancia. En el Hospicio se trata de no malversar los fondos provinciales y de moralizar á los acojidos, cosas que nada tienen que ver con la forma de gobierno, que son esenciales para todos, y mas precisas en aquellos en que hay mas libertad, porque á medida que la represion de la ley es menor, es necesario que aumente la que impone al individuo, la moral, la razon y la conciencia.

Si la cuestion es de probidad y moralidad, ¿por qué no han de estar de acuerdo los hombres morales y probos? Seguramente es por no haberla fijado, ó mas bien por no hallarse de acuerdo en los medios de conseguir el objeto, que será el mismo para todos. Conformes en el fin, la divergencia está en los medios de llegar á él, no puede haber otra. Rogamos á los Señores Visitadores del Hospicio, ellos que tantas pruebas han dado de interés por la casa, y que saben del modo que la han encontrado, que investiguen cómo estaba antes de salir de ella las Hermanas de la Caridad, y se persuadirán de la conveniencia de que vuelvan. El aumento de gastos, que á consecuencia de su salida ha habido, sensible es, pero no es el mal mayor; lo mas grave es la desmoralizacion, cuyos males son incalculables. Si los Señores Visitadores tienen un bello ideal para el asilo benéfico que está bajo su inspeccion inmediata, tendrán que renunciar á él probablemente; las cosas no irán á medida de su deseo, porque el bien, no pudiendo ser absoluto, queda reducido á un mal

menor, y uno de los grandes méritos de la bondad, es resignarse á hacerle tal como se puede, y no tal como se queria.

Felicitemos á la Diputacion Provincial por su resolucion de que las Hermanas de la Caridad vuelvan al Hospicio. Sentimos que no se encarguen de la parte administrativa, porque creemos que habria en ello gran ventaja para los fondos provinciales; pero lo mas esencial y urgente era la direccion de las niñas que se les ha confiado. El pensamiento de arrojar á las Hermanas de la Caridad de todos los asilos benéficos que dependen de la Diputacion, fue combatido en ella con vehemencia, con firmeza: dictado, así lo creemos, por el buen deseo, pero sin bastante conocimiento de causa, su realizacion hubiera sido fatal para los desvalidos, que han hallado enérgicos defensores, á los que enviamos la espresion de nuestro sincero agradecimiento.

Algunos se alarman del calor con que se ha discutido la cuestion de las Hermanas de la Caridad; nosotros no, porque lo que nos alarma sobre todo es la indiferencia. La armonía es una gran cosa ciertamente, pero hay que cuidar de no dar este nombre al silencio del egoismo, ó á la unanimidad en el error. La Diputacion ha dado un gran paso en el camino del bien, tanto mas meritorio cuanto ha sido mas dificil; y los que con tanta valentía han defendido la causa de los pobres, deben tener la doble satisfaccion del que cumple un deber y hace una obra de caridad.

Hay quien mira como una fatal coincidencia, que puede dar lugar á disgustos, el que los Señores Visitadores del Hospicio, á donde van á volver las Hermanas de la Caridad, sean de los que opinan que no debian ir: nosotros no abrigamos temor alguno. Esperamos que las Hermanas se conducirán con prudencia; que comprenderán que las cosas muy desordenadas no pueden ordenarse en un dia; que la caridad no consiste solo en asistir á los pobres, sino en ser pacientes y tolerantes con todos; y que la humildad mas dificil y mas útil, es la que nace de la persuasion de que podemos equivocarnos en aquellas cosas en que creemos estar en lo cierto, y que pueden tener razon los que juzgamos equivocados. Un consejo nos atreveríamos á darles, y es, que en cualquiera diferencia que pudiese haber, apelen de los Señores Visitadores á ellos mismos, y nada mas que á ellos, y no hay duda de que al cabo se entenderán, porque todos desean la misma cosa: el bien. Por prevenidos que estén contra las Hermanas de la Caridad, su recta intencion rectificará su juicio, y por un sentimiento de delicadeza, estamos seguros de que la circunstancia de no haber sido de opinion de que fuesen al establecimiento, hará, no solo que sean con ellas justos, sino benévolos.

Concepcion Arenal.

EL CODIGO DE LA MISERICORDIA.



Redimir al cautivo.

Al espirar los siglos medios, cuando por fin, espulsados de España los árabes que la inundaron en el comienzo de aquella edad, fueron de nuevo á establecerse en el Africa, desde donde á nuestra península habian venido; las costas berberiscas, las de Argel y las tunecinas, llenas de apiñada y belicosa gente, eran guarida de codiciosos y audaces piratas. El odio de que estaban poseidos contra los cristianos y europeos, sus enemigos y vencedores, hacia mas feroces y temibles sus incesantes acometidas. Eran los salteadores del mar. El Mediterráneo, camino del comercio y la civilizacion, hallábase intransitable por causa de ellos. Las españolas costas de Sur y Levante, tan fértiles y bellas, sufrían, á cada momento invadidas, el saqueo, la cuchilla y el incendio de los aguerridos y osados corsarios que de continuo las acechaban. La antigua *Diana* (hoy Denia) en las edetanas playas, la famosa *Cartago-Nova* en la costa de Contestania, fueron, entre muchos otros, testimonios elocuentes del terror que infundían con su poderosa organizacion aquellos incansables malhechores; á tal punto, que ese terror fue causa de la traslacion á Murcia de la famosa Sede episcopal de Cartagena, á pesar de ser patria de los cuatro ilustres hermanos, San Isidoro, San Leandro, San Fulgencio y Santa Florentina. Oran, poblada por bandidos, como en sus principios Roma, llegó á ser atrevida potencia, que desafiaba á la civilizacion. Y contra ella el mas bello reinado de nuestra historia y los mas levantados espíritus de aquellos y otros tiempos, Isabel I, Fernando V y Cisneros, alzaronse en nombre de esa civilizacion provocada y de la moral escarnecida, realzando la mas humanitaria conquista que puede consumir la defensa del derecho contra la iniquidad. Ardiendo en noble celo aquel ministro y varon eminente, realizó con sus rentas del arzobispado de Toledo, con su profunda inteligencia, su carácter enérgico y su direccion personal, la árdua empresa, honor de su nombre, de su patria y de Europa entera. Mas quedaron en pie Tunez y Argel, contra los cuales fueron ya felices, ya desgraciadas é infructuosas, las audaces tentativas del gran Carlos V.

¡Qué espectáculo de dolor ofrecían en aquella inhospitalaria tier-

ra los mas nobles cautivos arrastrando su cadena, sujetos á rudos trabajos y duras privaciones, á la férula de un grosero despotismo, al envilecimiento, á la ignominia, á la nostalgia de religion, familia y patria, á la triste y solitaria muerte, sin aspirar una vez mas las auras natales, ni escuchar el acento querido del padre, el deudo, el amigo de la infancia, el sacerdote del Dios verdadero!.... Hacinados en inmundos albergues, comiendo el miserable rancho que con desden se les servia, saliendo como rebaños al trabajo, y como rebaños tornando al encierro, aguardaban el término de aquella lastimera existencia, que corroia el dolor y abreviaba frecuentemente un tratamiento iracundo, un castigo violento.

Brilló en España un genio predestinado á ser blason de eterna gloria para su patria. Mayor no la encierran sus anales. Como soldado, luchó en Lepanto; como escritor, reina en las letras: fue Cervantes. Herido y lisiado en 1571 en la colosal guerra europea contra el orgulloso mahometismo, navegó en 1576 cautivo para Argel. Los cuadros de sus escritos, tomados del original, os darán una idea de la vida del cautiverio argelino, pintada en verdad por mano maestra.

Y ¿quién describirá la del cautiverio de las guerras antiguas, guerras de esterminio y vasallaje, en que se originó la esclavitud, borron de la humana historia? Ausencia sin esperanza de todo lo amado; pérdida para siempre del sér moral humano, de la dignidad iniciativa, actividad propia, patria, hogar, familia, bienes, libertad, alegría; el envilecimiento ó la estupidez como medicina; la muerte como consuelo: tal era el cautiverio antiguo, mortal enemigo del desarrollo y perfeccionamiento de las sociedades. Solo en Grecia y Roma se formó, andando los tiempos, el orden de libertos ó emancipados, á quienes, á pesar de ser tenidos en mengua en la consideracion social, se encomendaban la medicina y la mayor parte de las ciencias, las artes, las industrias, y hasta las letras á veces, como aconteció con Fedro.

Y ¿quién puede recordar sin estremecerse el cautiverio, que hasta hoy mismo en plena civilizacion europea se ha consumado, dando origen en la fria meditacion y en la mezquindad de un mercantil interés á la moderna esclavitud, esplotada en el continente americano? Esos cautivos buscados en las africanas playas, atizando con sórdida perfidia la codicia de los bandos salvajes, que salen á caza de ellos en guerras de hordas y tribus inciviles, cuyo esterminio y depravacion se fomenta; esos cautivos que se llevan al través de los inmensos mares, sumidos en hediondas bodegas de buques nauseabundos, en donde hacinados sobre sus propias inmundicias, y

á veces sobre el cadáver de los mas débiles ó mas dolientes, aguardan con horror y desesperacion, ó ser sepultados vivos en el Océano para aligerar la carga del *negrero* perseguido, ó desembarcados en otro hemisferio, cual grosera mercancía que se entrega á las especulaciones, vilezas y crueles azares de un sórdido é inhumano comercio, son mancha de los modernos siglos, no siempre atentos al predominio del puro interés moral sobre los materiales intereses.

¡Fragil é imperfecta humanidad! Allí donde la fe cristiana abria nuevos mundos para difundir la luz del Evangelio, un extravío del espíritu de conquista, una inspiracion de vehemente avaricia, el error acaso de un estremado celo, hicieron nacer la esclavitud y el cautiverio. Francia, España y alguna otra nacion lo sostuvieron, y aunque dulcificado crecientemente por leyes y costumbres protectoras del infortunio para los ya aclimatados en América, al fin fomentaba la iniquidad de *la trata*, y la no menos horrible de los salvajes bandos africanos, verdugos alternativamente de sí mismos, escitados por el cebo que friamente les ofrecia el astuto mercader europeo.

¡Cuán distinto el proceder de los nobles misioneros, que se dan en cautiverio y en martirio ellos mismos, por salvar de la corrupcion y la ignorancia á los desdichados á quienes buscan!.... Cierto es que la Providencia puede sacar del mismo presente daño la futura civilizacion del africano continente, al que por ese contacto, aunque nefando, con la Europa y la América, llegará tal vez su turno de cultura y organizacion; pero ante la moral y la conciencia se ha de dar nombre á la crueldad, á la codicia y al despótico abuso del dolo y de la fuerza sobre séres infelices, sean ó no salvajes.

Jamás el espíritu cristiano ha consentido en tales procederres: gritos de execracion y espanto son los que ha proferido el espíritu cristiano. Los consigna el ánimo honrado de Mr. Wallon en su enérgica é irrefutable obra impresa en París en 1847, contra la esclavitud y el cautiverio antiguos y modernos. Los consignan soberanamente los Papas con tremendas y terminantes frases; y entre ellos nuestros contemporáneos Gregorio XVI y Pio IX, cuyas letras apostólicas son modelo de sabiduría y caridad. Despues de recordar el primero de estos dos Pontífices la influencia del cristianismo para templar la condicion servil, multiplicar las emancipaciones, suprimir la esclavitud, y aquella época fatal que la vió renacer entre los cristianos á espensas de los indios y de los negros, manifiesta cómo la voz de los Pontífices de Roma ha estado alzándose á la vez en contra de semejantes atentados. Y «queriendo alejar, segun añade, tan grande oprobio de todos los paises cristianos,» prohíbe terminantemente

y rechaza con la autoridad apostólica toda participacion de los fieles en esa obra de iniquidad é injusticia.

El espíritu nacional (aunque protestante, cristiano) de la culta y persistente Inglaterra ha hecho tambien asunto de su diplomática perseverancia la persecucion de la trata de negros.

Y á impulsos finalmente del espíritu cristiano, los heridos y prisioneros en las modernas guerras son tratados con caridad como séres desgraciados, y devueltos al seno de su hogar afligido.

La doctrina del cristianismo se desconoce allí en donde no se cumple aquella *obra de misericordia*, tan tierna, tan generosa, tan noble y civilizadora como todas las demás, *redimir al cautivo*. Y cúmplese y enamora, cuando, como en Europa en siglos ilustres de su cristiana historia ha sucedido, se establecen fundaciones de religiosos institutos, que bajo el nombre sagrado de la *Trinidad* y la *Merced*, continúa é incansablemente se dedican á la *redencion de cautivos* (*); cuando se lee en todos los testamentos españoles una cláusula uniforme, que deja *el óbolo de la misericordia* en nombre del moribundo, para contribuir desde el lecho de sus dolores á la redencion de esos otros amargos dolores del cautiverio; cuando en mitad del siglo XVIII se ve celebrar en Milan una solemne y grandiosa fiesta en honor de los esclavos ínsubros rescatados por esos santos religiosos, cuyo suceso canta con su enérgico acento el inmortal Parini, gloria de su siglo; cuando se ve en Argel al Padre mercenario de Valencia fray Jorge Olivar, tratando del rescate de los cautivos de la corona de Aragon, y al padre Juan Gil, Trinitario de Madrid, reuniendo afanoso en 1580, en la misma ciudad infausta todas las sumas que el rey Azan exigia por su precioso cautivo el *Manco de Lepanto*, entonces sí que el ánimo se extasía, el corazon se ensancha, y prorumpe el labio en esta involuntaria exclamacion: «Loda y bendita sea la santa y sublime doctrina, que da á la humanidad bálsamo para todas las heridas, remedio á todos los tormentos, caridad para todos los infortunios, y á la cual debemos hasta la joya inestimable y principal de nuestras envidiadas glorias: la vida y la libertad del príncipe de los ingenios; de *Miguel de Cervantes Saavedra*.»

Carlos Maria Perier.

(*) San Juan de Mata y San Pedro Nolasco en el siglo XIII, han sido los fundadores de los dos famosos y humanitarios institutos para redencion de cautivos.

LA CUESTION SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO.

Carta quinta.

Apreciable Juan: Persuadirte que no debes recurrir á la violencia, porque á nadie perjudica tanto como á ti; desarmar, no solamente tu brazo del hierro homicida, sino tu ánimo del odio y la pasión, que no deja ver con claridad las cosas; comprender que la pobreza, ni se debe temer, porque no es un mal, ni se puede evitar, porque es de ley económica; y dar á la moral la importancia que tiene en la prosperidad de los pueblos, porque es cierto lo que alguno ha dicho, *que la virtud es un capital*; estos puntos, tratados aunque brevemente en mis anteriores cartas, forman una especie de introducción que juzgo necesaria al asunto que nos ocupa, y en el que podemos hoy entrar de lleno preguntándonos: ¿Qué llaga social debemos curar?

Nuestra respuesta está dada de antemano: el grave mal que hemos de combatir es la miseria física y moral, la miseria, que cuando es *permanente y generalizada entre una multitud de personas* se llama PAUPERISMO.

Dicese que el pauperismo es un fenómeno de la civilización; que antes habia pobres, pero que no habia pauperismo. Importa mucho saber si es cierto, porque á ser verdad sería la mas desconsoladora.

En los pueblos primitivos, que viven de caza y de pesca, todos los individuos son miserables; el pauperismo es la condición social: el pobre inglés socorrido por su parroquia, que recibe entre otras cosas té y azúcar, sería allí un potentado, y una gran fortuna la cama de un hospital, que es hoy la mayor desdicha. Si en los pueblos salvajes la miseria es permanente y general, ¿cómo se dice que no se conoce en ellos el pauperismo?

La sociedad da un paso mas; se hace pastora, y agricultora despues. En vez de inmolar en la guerra todos los prisioneros, reserva algunos, ó muchos; los hace esclavos, y los dedica á guardar los rebaños, cultivar la tierra, etc., á todas las labores penosas. Se ha dicho, y repetido no ha mucho por un hombre de superior talento, que la esclavitud es preferible al proletariado: si fuera posible desear que hubiera un solo esclavo en el mundo, habríamos deseado

que arrastrase la cadena quien tal afirma, y no tardaría en retractarse solemnemente. Entre los esclavos, como entre las bestias de carga, no hay *pauperismo*, hay *inmolacion*: sucumbe el niño por falta de cuidados, la mujer y el hombre enferman y envejecen antes de tiempo por exceso de fatiga, y se abandona de derecho al anciano en una isla para que perezca allí, ó de hecho se le deja morir cuando ya no sirve para nada.

Hay progreso. El esclavo se convierte en siervo; disfruta una especie de libertad, que puede compararse con la del pájaro en su jaula: tiene algunos movimientos libres en la tierra de que no puede separarse, y que cultiva para su señor, que le impone las condiciones mas duras y mas humillantes. La sociedad feudal se ha pintado por algunos con los mas halagüeños colores. Para asunto de novelas, era bella, y un innegable progreso comparada con la que la precedía; pero el que desapasionadamente busca la verdad en la historia, ve rapiñas, violencias y miserias, y ve el pueblo *siervo* poco menos desdichado que el pueblo *esclavo*.

Esos señores que en su castillo eran la providencia de sus vasallos, son sueños de poetas; la realidad es que eran espoliadores, opresores; y la prueba está en las amonestaciones de los Papas y Concilios, cuya repetición revela la ineficacia; en las leyes, tanto civiles como criminales, diferentes según se aplicaban á los ricos y á los pobres, y tan injustas y crueles para estos; y en la miseria, de que no se tomaba acta, por el desden que inspiraban los que la padecían, pero que se revelaba en proporciones horrendas, cuando algun desastre venia á ponerla de manifiesto.

La brevedad con que me he propuesto escribirte, Juan, no me permite citarte aquí textos de leyes, resoluciones de Concilios y de Papas, ni relatos de historiadores; voy no obstante á copiarte lo que dice uno describiendo los horrores del hambre en esos siglos, en que dicen que no habia *pauperismo*.

«El género humano parecia amenazado de una próxima destrucción; los elementos furiosos, instrumentos de la venganza divina, castigaron la insolencia de los mortales. Los grandes como los pobres, estaban pálidos de hambre; *la rapiña no era ya posible en la penuria universal*. Pero entonces se vieron otros horrores. Los hombres devoraban la carne de los hombres; ya no habia seguridad para los viajeros; los desdichados que huían del hambre, eran devorados por los que los hospedaban; hasta se desenterraban los cadáveres. No tardó en ser como una costumbre recibida alimentarse con carne humana, que se vendia en el mercado.» Glaber, de cuya crónica tomo esto, refiere *que él asistió á la ejecucion de un*

hombre que habia degollado CUARENTA Y OCHO personas para comérselas.

Esto nos parece hoy imposible, y estamos dispuestos á calificarlo de invencion; pero si cuidadosamente estudiamos la penuria y la dureza de los tiempos feudales, una hambre de tres años, que es la que describe Glaber, deberia dar lugar á los horrores que refiere, y que prueban el estado miserable de una sociedad que á tales estrechos se veia reducida. ¿No habria *pauperismo* en pueblos donde era grande la miseria, grande la opresion, desigualmente distribuida la riqueza, y donde la propiedad constituia un privilegio á que en vano aspiraba el que al nacer no habia sido favorecido de la fortuna, por mas que fuera inteligente y trabajador? El gran número de hospitales, hospicios y demás fundaciones benéficas debidas al espíritu cristiano, prueban la falta que hacian; y la despoblacion de los paises en que habia esclavos y siervos, prueba que allí la miseria era general, y que habia *pauperismo*. Lo que no habia era derecho ni aliento para quejarse; lo que no habia eran entrañas en la sociedad para conmoverse con los quejidos. Nadie tomaba acta de la miseria del esclavo ni del siervo; en ella vivia, en ella moria; su silencio era uno de los derechos del señor; y todo grito se sofocaba en la sangre del que le habia dado.

Ahora, sean mil veces gracias dadas á Dios y á los hombres buenos, ahora los pobres se quejan, y sus ayes hallan eco en los corazones de las personas bien acomodadas: ahora los que por su posicion social están lejos de la miseria, se acercan á ella por los sentimientos de su corazon, cuentan sus víctimas, lloran sus dolores, investigan sus causas, buscan para ellas remedios, y levantan muy alto la voz, ya dolorida ya indignada, para pronunciar un terrible *memento*. Se han escrito miles de libros en estos últimos tiempos gimiendo sobre la miseria, poniéndola de manifiesto, procurando combatirla; y las mismas instituciones creadas para aliviarla, tienen que contar sus víctimas. El mal se hace notar mas, no porque es mayor, sino porque hay quien le investiga y le denuncia. Donde no existen médicos, ni medicinas, ni asistencia de ningun género, no se sabe de los enfermos hasta que son cadáveres. No recuerdo qué autor ha dicho, que nadie sospechaba el gran número de sordomudos que habia en Francia, hasta que se han abierto colegios para recojerlos y educarlos. ¿Se dirá que esta enfermedad es moderna, porque hasta ahora los enfermos sucumbian sin que nadie los contase? Algo semejante sucede con todos los desvalidos.

Lo que hoy se considera como el estado mas lastimoso, carecer de camisa, de calzado y de cama, era la situacion ordinaria de los

pobres en esos siglos de que se dice que no habia pauperismo. Ahora mismo, cuando en Madrid, por ejemplo, alguna persona caritativa acoge bajo su proteccion á una familia necesitada, le causa gran pena saber que no tiene sábanas, y uno de sus primeros cuidados es proporcionárselas. *No tiene sábanas en la cama*, es como decir, se halla en el último grado de miseria. Mientras así se juzga en la Capital, hay en ciertas provincias, muchas, muchísimas aldeas cuyos vecinos en su mayor parte no tienen sábanas para la cama, donde no se las dan á sus servidores las familias regularmente acomodadas, y donde para encarecer las ventajas de servir en una casa, se dice *que da sábanas á los criados*. Si se hace una estadística, aparecerá entre los miserables que forman en las filas del pauperismo, el que en la Capital recibe de la caridad sábanas, y no el que duerme sin ellas en la aldea.

Este hecho, y otros muchos análogos que pudiera citarte, te hará comprender, que la miseria puede existir y existe sin que nadie la compadezca, ni hable de ella ni la note, y que el abatimiento y la resignacion del que la sufre, combinados con la indiferencia del que podia consolarla, dan por resultado el silencio de la historia. Alguna vez los miserables, aconsejados de la desesperacion, se levantan, luchan y sucumben: hay guerra, pero no hay *question social*, porque ni derecho se concede á los rebeldes, ni compasion inspiran los vencidos, ni hay allí mas que un caso de fuerza que con la fuerza se vence. Para que las miserias de la multitud sean *una question*, es preciso que las compadezcan y las sientan los que no son miserables, los que han cultivado su inteligencia, y la llevan como una santa ofrenda al templo del dolor, y se arman con ella para combatir por la justicia. Creo que te lo he dicho ya, y es posible que te lo vuelva á decir, porque importa poco la monotonía de la repeticion, y mucho que no olvides, que de las filas de los *señores* han salido los defensores de los pobres, los que en estudiar los medios de aliviarlos han gastado su vida, ó la han sacrificado en el patíbulo y en el campo de batalla.

A medida que ha ido habiendo manos benditas que se presten á curarlas, se han ido revelando las llagas sociales; y como esos niños que se han lastimado y no lloran hasta que ven á su madre, el pueblo no ha empezado á quejarse hasta que la sociedad ha tenido entrañas para compadecerle. Hay un derecho de que nadie te habla, que no está consignado en ningun código, *el derecho á la compasion*; derecho que, sin proclamarle, invoca el que padece, y que sin reconocerle sanciona el que consuela; derecho bendito y santo, sin el cual es probable que nunca se hubiera reconocido la justicia de los débiles.

Al sostener que el pauperismo es un fenómeno de la civilización, se citan números, y es por desgracia grande el de los que sufren en la miseria, pero aunque en absoluto escediera al de otros tiempos, que no lo creo, siempre sería menor, proporcion guardada con el de habitantes, aumentado en términos de que, una ciudad cuenta hoy mas que habia antiguamente en todo un reino. Y no solo se aumentan con la poblacion los miserables, sino que se agrupan generalmente en las grandes poblaciones, donde su desdicha puede ser mas notada.

La mortandad decrece en términos de que hay pueblos como Londres, donde en poco tiempo ha disminuido una mitad, ¿y se quiere sostener que la miseria aumenta? Es como afirmar que cuatro y cuatro son seis.

Un título de gloria para la civilización se convierte en un capítulo de cargo. Las filas de la miseria están en su mayor parte formadas por ancianos, enfermos, achacosos, niños abandonados; por los débiles, por los que no pueden trabajar, ó cuyo trabajo es insuficiente. En los pueblos salvajes ó bárbaros nada de esto existe; los débiles sucumben infaliblemente; no hay para ellos *miseria*, hay *estremio*. Esto es tan cierto, que ahora mismo, cuando las probabilidades de una larga vida son mayores para la mujer que para el hombre, en los campos sucede todo lo contrario, la mujer envejece menos que en la ciudad en el campo, donde su situación, sin ser ni con mucho igual ni parecida, tiene alguna mayor semejanza con la suerte que cabia á todos los débiles, en esos tiempos que echan de menos los que no los ven como realmente eran.

Resulta, pues, para mí muy claro, y quisiera que para ti lo fuese tambien:

1.º Que el pauperismo no es un fenómeno de la civilización, sino una desdicha de la humanidad.

2.º Que la civilización le disminuye en vez de aumentarle, circunscribiéndole mas ó menos, pero circunscribiéndole siempre á una parte de la sociedad, cuando en el estado salvaje se enseñorea de todo, y en el estado de barbarie muy poco menos.

3.º Que en la historia no aparece á primera vista con toda claridad y con la estension que realmente ha tenido, porque sus víctimas sufrían y morían en el silencio, abatidas ó resignadas, y vistas con indiferencia por los que debían auxiliarlas; además no se llamaba miseria lo que hoy se califica de tal.

4.º Que habiéndose humanizado el hombre, sintiendo mas los que sufren y los que pueden consolar, el miserable se queja bastante alto para que se le oiga; el compasivo repite el ¡ay! doliente, que

halla miles de ecos; este dolor, ignorado ayer, se publica hoy, se estudia, se compadece, y hasta se explota, convirtiéndole los fanáticos y los ambiciosos, en arma de partido contra los Gobiernos que quieren derribar. Desde que el pueblo ha empezado á llamarse soberano, como todos los soberanos, tiene sus aduladores.

5.º Que habiendo tenido la poblacion un extraordinario incremento, los pobres se han multiplicado también, y agrupándose en los grandes centros, se hacen mas visibles.

Nota bien que el aumento de poblacion es una prueba concluyente de que la miseria ha disminuido: es imposible, absolutamente imposible, que se multiplique un pueblo en que la miseria es cada vez mayor.

Concluiremos de todo esto, que las cosas están muy bien como están; que no hay motivo sino para congratularnos; y que nada resta que hacer. No, no, mil veces no. El pauperismo, la miseria física y moral, existe en grandes, en horribles proporciones. Que todo el que tiene entrañas la sienta; que todo el que tiene inteligencia piense en los medios de atenuarla; que todo el que tenga lágrimas la llore. Te digo con verdad, Juan, que las mias corren al escribir estas líneas, y oscurecen la luz de mis ojos, pero no la de mi entendimiento, hasta el punto de confundir las cosas, de modo que vea el pauperismo creciente, á medida que crece la prosperidad de las naciones. Esto podrá ser cierto, si acaso, en un momento de la historia, en un país dado y por circunstancias especiales, pero de ningun modo es un hecho general, ni menos una ley económica.

Aflijámonos, sí, aflijámonos profundamente, porque las desdichas de la humanidad son grandes, pero no nos desesperemos creyendo que son cada vez mayores, porque entonces, ¿quién tendrá ánimo para trabajar en combatirlas? Bajo la mano de Dios, é inspirado por Él, mejora el hombre su suerte sobre la tierra, pero las pasiones y los errores, oponen de continuo obstáculos á su marcha, y por eso, es el progreso tan lento.

Bajo la mano de Dios, te digo, y tú replicarás tal vez: ¡siempre Dios! Siempre, amigo mio. No es mucho que una mujer le invoque, le implore y le sienta, cuando una de las inteligencias mas poderosas, y uno de los espíritus mas rebeldes, Proudhon, decia: «Estudiando en el silencio de mi corazon, y lejos de toda consideracion humana, el misterio de las revoluciones sociales, Dios, el gran Desconocido, ha venido á ser para mí una hipótesis, quiero decir, un instrumento necesario de dialéctica.»

Concepcion Arenal.